

# Atanasio Girardot

Escribe: ALVARO SALOM BECERRA

— II —

La primera guerra civil—Tratado de Santa Rosa—La tentación del monte—Venezuela bajo el terror—Una enfermedad y una carta—El encuentro con Bolívar—"La Grita".

La lucha contra España apenas comienza, cuando ya empiezan las disensiones y conflictos entre los patriotas. Lo principal cede su puesto a lo accesorio. Como bomberos que, frente a una casa en llamas, discuten acerca del origen del fuego; como náufragos que se disputan el único remo de que disponen para impulsar la embarcación que ha de llevarlos a tierra, los granadinos se enfrascan en una pugna insensata. No ha sido cortado aún, por la espada de los libertadores, el cordón umbilical que los une a la madre y he ahí a los gemelos acometiéndose furiosamente. La república se inicia, pues, bajo el signo de la discordia. En 1840, en 1851, en 1854, en 1860, en 1876, en 1885, en 1895 y en 1899 los colombianos empuñarán nuevamente las armas para despedazarse entre sí. Esta es, por tanto, la primera de las guerras civiles que ensangrentarán y empobrecerán a Colombia durante el siglo XIX.

Antonio Nariño es el campeón del centralismo, mientras Camilo Torres es el adalid del federalismo; aquel es presidente de Cundinamarca, al paso que este lo es del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada.

El presidente Nariño llama a Baraya, le ordena que organice una expedición y marche sobre Tunja. Según el historiador Restrepo, Baraya, acatando instrucciones del Precursor, lleva un objetivo aparente: el de hacer frente a las fuerzas realistas que, al mando de Ramón Correa, se aprestan a invadir la provincia de Cúcuta; y uno real: el de destruir el movimiento federalista que impera en Tunja, desorganizar el gobierno y conseguir la anexión de esa provincia a Cundinamarca.

La expedición, compuesta por 350 hombres, sale de Santa Fe el 12 de marzo de 1812. De ella forman parte el capitán Girardot y un grupo de hombres de pluma y de espada que tendrán una decisiva intervención en la campaña libertadora de la Nueva Granada y Venezuela: Francisco José

de Caldas, Rafael Urdaneta, Francisco de Paula Santander, Luciano D'Elhuyart. Baraya permanece varios días en Tunja, al cabo de los cuales se traslada, con su gente, a Sogamoso.

El 25 de mayo se produce un hecho inusitado: Baraya, quien ha venido actuando como agente del centralismo y subalterno de Nariño, se pasa al federalismo con armas y municiones. Un consejo de oficiales autoriza y aprueba su conducta. Sin embargo, no aparece al pie del acta respectiva la firma de Girardot.

¿Por qué no suscribe el extraño documento? Girardot, antes que todo, es un patriota y un soldado. El destino lo ha ligado a Baraya, colocándolo bajo su dependencia inmediata, desde los tiempos en que ambos servían al rey de España como oficiales del Batallón Auxiliar acantonado en Santa Fe. Juntos hicieron, posteriormente, la campaña del Bajo Palacé. Le corresponde ahora, de nuevo, obedecer sus órdenes. Pero la disciplina militar no lo obliga a cohonestar, con su firma, una defección. No existen, por otra parte, testimonios o indicios de que Girardot haya sido un apasionado centralista, primero, o un federalista fervoroso, después. Todo converge a indicar que él se limitó a cumplir las órdenes de su superior jerárquico y que lo esencial para él eran la patria y la causa de la libertad, y lo secundario las discrepancias y rencillas de sus compatriotas. La posibilidad de error es remota para quien afirme que Girardot combatió con mucho desgano y no poca repugnancia en aquella absurda contienda.

Mientras Baraya parlamenta con otro de los jefes del centralismo, don José Miguel Pey, y trata de solucionar pacíficamente el conflicto, Nariño, a la cabeza de 800 hombres entra sin oposición a Tunja el 30 de junio. Allí se entera, días después de que las fuerzas de Baraya han derrotado al ejército de Pey, en Paloblanco, y le han arrebatado la artillería y 250 fusiles. Cien hombres, además, han sido hechos prisioneros.

Este descalabro y la defección de Baraya representa para los centralistas la pérdida de 800 soldados, 700 fusiles y 20 piezas de artillería. Nariño, ante la gravedad de la situación, firma el tratado de Santa Rosa, que pone fin a la primera etapa de la guerra intestina.

Entre tanto el Congreso de la Unión declara a Nariño traidor y tirano y opta para trasladarse a Tunja, para demandar protección y garantías a las tropas que comanda Baraya. El 22 de noviembre Nariño, al frente de su ejército, inicia la marcha sobre Tunja. Pero los federalistas le salen al encuentro y un reñido combate se traba en el sitio denominado "El Alto de la Virgen", cercano a Ventaquemada, el día 2 de diciembre. Es tanto el brío y tanta la acometividad demostrados por el batallón 4º de La Unión, al mando de Girardot, que las fuerzas de Nariño se baten en retirada, dejando 40 muertos, 50 prisioneros, algunos heridos, 10 piezas de artillería, fusiles y pertrechos.

Es el segundo triunfo de Girardot; pero este, a diferencia del primero, lo deprime y avergüenza. Los muertos no son ahora enemigos extranjeros, sino hermanos; y hermanos son los heridos y hermanos los prisioneros. El no quería matarlos ni herirlos ni aprehenderlos. Pero un soldado no puede discutir las órdenes que se le impartan. "Dios quiera que muy

pronto termine esta estúpida guerra y centralistas y federalistas podamos marchar unidos a conquistar la libertad de la patria". Ese o parecido debió ser el soliloquio del joven héroe sobre el escenario del combate fratricida.

La anterior no es una interpretación arbitraria o abusiva del pensamiento de Girardot. Sus antecedentes y sus hechos posteriores, su cristianismo acendrado, su formación jurídica, su innata nobleza, su sentido filantrópico de la vida, su patriotismo ardiente, se confabulan, en efecto, para destruir la hipótesis de que él hubiera prohiado la guerra civil o auspiciado la muerte de uno solo de sus compatriotas.

La derrota de Ventaquemada no desmoraliza a Nariño. Regresa a marchas forzadas a Santa Fe y organiza, con velocidad pasmosa, la defensa de la ciudad. Arenga a las gentes, consigue resucitar el entusiasmo de los vencidos y despertar el de quienes no han participado aún en la lucha; recluta y entrena soldados; reparte armas, distribuye municiones, planea, dirige, prevé; fortifica los puntos de acceso a la urbe por el norte, el occidente y el sur y dispone que 200 hombres, apostados en el cerro de Monserrate, impidan la entrada del ejército invasor por el oriente.

El asedio comienza. Los 3.000 hombres de Baraya forman una línea que se extiende desde Suba hasta Fontibón y desde este lugar hasta Bosa y Tunjuelito. Girardot recibe la orden de apoderarse de Monserrate. El 5 de enero —es ya el año de 1813— abre fuego contra las fuerzas centralistas que ocupan el cerro y es aquel tan intenso que estas se ven obligadas a abandonar precipitadamente sus posiciones y descender a la ciudad. Girardot toma posesión del cerro. Mientras no se le ordene, no podrá moverse de allí.

El presidente Nariño resuelve, para dar la sensación de que las provisiones abundan y de que no hay posibilidad inmediata de que el hambre lo constriña a rendirse, formular a Girardot un ofrecimiento irónico. Le envía, en efecto, el siguiente mensaje:

"Una persona que ha venido de ese punto de Monserrate me ha insinuado la (sic) hambre que padecen los prisioneros y las tropas de usted. A pesar del bloqueo que se tiene puesto a esta ciudad y de la inhumanidad con que se quiere arruinarla a sangre y fuego, remito a usted una carga de arroz, un tercio de carne y otro de sal para que se socorran sus tropas y me avise lo más que necesite".

Girardot rehusa, con altivez, la dádiva humillante:

"Campamento de Monserrate —6 de enero de 1813—. El acopio de provisiones que he recibido de Suba, me pone en estado de no necesitar de lo que usted me remite y devuelvo con el mismo conductor. Sírvase usted por tanto evitar estas molestias en lo sucesivo y tenga entendido que no se trata de arruinar a Santa Fe, con cuya especie se ha querido difamar a un general de cuya bondad se abusa demasiado, sino de restablecer en ella el orden, de que los abusos de la tiranía le han privado y que muy pronto sentirán los perturbadores del orden público todo el peso de nuestras armas victoriosas.

*Atanasio Girardot*".

El triunfo es de Girardot en este duelo epistolar. En la misiva de Nariño advierte cualquiera un sarcasmo burdo y una falsa caridad que no proclaman, ciertamente, la elegancia del autor. Fue una desafortunada salida del infortunado Precursor. La réplica de Girardot, en cambio, exhala dignidad, entereza, gallardía, desde la primera hasta la última línea. Es el cortés rechazo de un imposible moral y la vibrante defensa de una causa condenada a priori. Nariño quiso dar a Girardot una lección y la recibió de este.

El 9 de enero Baraya, ante la rotunda negativa que recibe su propuesta de rendición incondicional, decide lanzarse al ataque. Las tropas federalistas logran avanzar hasta el centro de la ciudad. Inopinadamente se produce la contra-ofensiva centralista. Retumban los cañones y una violenta andanada detiene a los invasores, que comienzan a recular; el ímpetu del contra-ataque convierte el retroceso inicial en fuga desordenada. Los muertos han sido pocos, pero los heridos muchos. Los federalistas abandonan en su huída todas sus piezas de artillería y caen en poder de los bravos defensores 1.000 hombres, encabezados por el coronel José Ayala, el capitán Rafael Urdaneta y el teniente Francisco de Paula Santander. Así termina el segundo y último acto del lamentable drama.

Mientras tanto Girardot continúa esperando, en su puesto estratégico, la orden de entrar en acción. Que no llegó nunca. Existe la versión, no confirmada, de que Nariño apeló a la treta de falsificar una consigna de Baraya, según la cual Girardot debía permanecer en Monserrate hasta nueva orden y logró así inmovilizarlo. En todo caso es evidente el hecho de que aquel se quedó, sin moverse, en la posición que se le señaló, hasta cuando tuvo noticia de la derrota de Baraya.

Consumado el sorpresivo triunfo, Nariño intima rendición a Girardot; este, anticipándose a un compatriota de su padre, replica con la misma arrogancia que empleará para responder a los ingleses, dos años más tarde, el granadero inmortal de Waterloo: "La guardia muere pero no se rinde".

En el diario de un santaferense de la época, aparece, en efecto, la siguiente curiosa anotación: "Sábado 9. Con motivo de haberse ganado la acción, ofició el señor presidente Nariño a don Atanasio Girardot, que fue el que tomó a Monserrate, que rindiese las armas y se presentase sin temor y la contestación fue que sí se presentaría, pero a fuego y sangre; por esto el señor presidente puso arrestados a su padre y a su madre en su misma casa".

Dos veces el héroe dice "no" desde la cima del cerro que domina a Santa Fe. "No" al presente inaceptable y "no" a la propuesta de una rendición deshonrosa. Con la segunda negativa se inicia el calvario de Luis Girardot y Josefa Díaz; la pérdida de la libertad es la primera cuota del altísimo precio que pagarán por la de la república.

Y el hombre que ha dicho "no" a la tentación de una vida plácida, al amor, a la riqueza, a la felicidad, a la línea de menor resistencia, a la cobardía, al descanso, a la comodidad, pero "sí" al peligro, a la fatiga, al dolor, al sacrificio, el que dirá "sí" a una muerte heroica, emprende,

con sus trescientos hombres, el regreso a Tunja. Derrotado sin haberlo sido, lo alienta, en el camino, la satisfacción inmensa de saber que ha concluido la descabellada aventura de la guerra civil.

\* \* \*

Y mientras los granadinos juegan, como párvulos, a la guerra; mientras despilfarran, con pueril inconsciencia, vidas y haciendas; mientras derrochan desenfrenadamente las energías que debían aplicar a la emancipación de España, Venezuela sufre los rigores de una represión atroz.

Puerto Cabello ha caído por obra de una traición; Miranda que tanto anheló la libertad de su patria, ya no podrá recuperar la suya; Bolívar ha tenido que huir a Curazao. Domingo Monteverde, amo y señor del país, desencadena una persecución crudelísima contra los partidarios de la república. Fusilamientos sin fórmula de juicio, despojos, exacciones, incendios, torturas. Las cárceles de La Guaira, Valencia, Puerto Cabello y Maracaibo, verdaderas ergástulas romanas, se abren para los delincuentes comunes, pero cierran sus puertas detrás de los nuevos criminales, que son los amigos de la libertad.

El 25 de octubre de 1812 se produce un alarido desgarrador, un S.O.S. angustioso, dirigido al pueblo de la Nueva Granada que, aunque escrito en el estilo ampuloso y grandilocuente de la época, constituye la radiografía del martirio a que fuera sometida una generación por agentes, no de la España caballeresca y generosa, sino de la perfidia y la crueldad que han anidado y anidarán siempre en el corazón de los hombres de todas las latitudes y todos los tiempos.

Porque ni un malvado ni un centenar de ellos ni Monteverde ni Boves ni Morillo ni Sámano ni un millar de monstruos morales, pueden ser personeros y representantes del pueblo de Santa Teresa y el Cid, de Ignacio de Loyola y de don Quijote de la Mancha. Culpar a España de los desafueros y excesos cometidos por malos hijos suyos, sería tanto como hacer a Roma responsable de las depravaciones de sus césares, a Rusia de los crímenes de sus zares o a Inglaterra de las tropelías de sus piratas.

El patético llamamiento dice así: “Pueblos de la Nueva Granada, hermanos, amigos y compañeros: Vosotros, corazones sensibles, si es que aún permanecen en la tierra la compasión y la ternura, mirad por nosotros, compadeceos de nuestras penas, aliviad nuestros tormentos.

“¿Será posible que os hagáis sordos a los lamentos de tantas víctimas desgraciadas que ven pendientes de vuestra caridad el momento de su redención? ¿Para cuándo reserváis vuestros fraternales oficios, protecciones bien entendidas y generosas liberalidades?

“¿Qué objeto más digno de vuestra compasión detenida que estos hermanos vuestros que arrastran las cadenas del yugo extranjero, la vergüenza de la razón y de la humanidad? ¿Por qué rehusáis sacrificar una parte de vuestros intereses en favor de vuestros hermanos? ¿El horroroso cuadro de nuestras miserias, no será capaz de franquear vuestros corazones y armar vuestros brazos para destruir a nuestros tiranizadores?

“Sabed que ni el favor ni la sangre ni la amistad ni el oro ni la plata pueden abrir las prisiones tenebrosas en que nos tiene encerrados la rabia de nuestros conquistadores; ni aun tenemos el consuelo de derramar nuestras lágrimas en el seno de nuestros parientes y amigos.

“La más cruel incomunicación separa al hijo del padre, al esposo de la esposa y hasta los ejercicios santos de la religión están en cierto modo prohibidos.

“Innumerables hijos de la desventurada Venezuela gimen en la más dura opresión y solo alienta su sufrimiento la esperanza consoladora de que sus hermanos, los granadinos, se compadecerán de su triste suerte y volarán a romper sus cadenas. ¿Qué esperáis pues?

“Nosotros os conjuramos ante el numen tutelar de la patria, por los vínculos de la fraternidad, por las obligaciones de la alianza que hemos contraído, por la santa causa que defendemos, por la augusta y divina religión que nos es común, a que marchéis veloces a traernos la victoria a los campos desolados de Venezuela, la alegría y la redención a vuestros afligidos hermanos. Venid a plantar el pabellón de la independencia sobre los arruinados muros de La Guaira; no perdáis la gloria de ser los redentores de un suelo que vio nacer la libertad”.

Veinte días después desembarca en Cartagena y pisa por vez primera tierra granadina un agente viajero de la libertad. Nadie, al verlo, sospecha que ese cuerpo menudo y endeble pueda ser el de un atleta capaz de los más rudos trabajos y los más arduos esfuerzos; nadie vislumbra, detrás de la frente prematuramente arada por la meditación y el sufrimiento, el cerebro del genio; nadie intuye, bajo el angosto pecho, el corazón inconmensurable del héroe; nadie adivina que a esas manos frágiles les esté reservada la tarea de forjar un mundo nuevo; nadie, en fin, se imagina que esos pequeños pies puedan hollar un día el cráter del Chimborazo. Es Simón Bolívar. Diez y ocho años más tarde, vencido otra vez por la traición, volverá a pisar la costa colombiana y ya no pisará tierra distinta. Entre 1812 y 1830 realizará, para fundar y libertar cinco naciones, todos los actos que pueden esperarse de la inteligencia y todos los que pueden exigírsele al valor; ni la ciencia de la política ni el arte de la guerra tendrán secretos para él. Corresponde, pues, al Caribe el privilegio de oír la primera y la última nota de la grandiosa sinfonía.

Bolívar ofrece sus servicios y al punto le son aceptados. Se le designa coronel del ejército granadino y se le envía como comandante a Barranca, bajo las órdenes inmediatas de Pedro Labatut.

El nuevo coronel de las fuerzas patriotas solo necesita que se le ofrezca una oportunidad para demostrar de todo lo que es capaz. La suerte le ha sido hasta ahora adversa pero ya brillará su estrella. La deseada ocasión se le brinda con el nombramiento de jefe de operaciones del Alto Magdalena. Estudia el terreno, mide las propias posibilidades y las del enemigo, organiza y adiestra las tropas que se le confían y lanza una ofensiva fulgurante. Mompós, Tenerife, Guamal, Banco, Puerto de Ocaña, Chiriguaná, Tamalameque, son otras tantas victorias de las armas

republicanas. Donde quiera que tropieza con fuerzas realistas, las ataca y derrota. Cien piezas de artillería, una enorme cantidad de fusiles y pertrechos, constituyen el botín del vencedor.

Tropas españolas al mando del coronel Ramón Correa, aprovechando la malhadada guerra civil trabada entre centralistas y federalistas, han ocupado a Cúcuta. El coronel Manuel Castillo, jefe militar de la provincia de Pamplona, invita a Bolívar a libertar el territorio dominado por el enemigo.

Bolívar ha iniciado su carrera triunfal y ya nada ni nadie podrá detenerlo. Ni la valla infranqueable de los Andes ni el calor agresivo de la llanura ni el frío hostil del páramo; ni la desnudez ni el hambre ni el desánimo; ni la estrategia de generales que pusieron en jaque a las huestes napoleónicas; ni el coraje sin límite de soldados que defendieron sus ciudades calle por calle, casa por casa y aposento por aposento de la invasión francesa; ni la aplastante superioridad bélica de los peninsulares.

Acude a la invitación de Castillo y, en forma sucesiva, desaloja al enemigo de Ocaña, Yagual, Arboledas, Salazar y San Cayetano. El 2 de febrero lo obliga a presentar combate y le inflige una estruendosa derrota en los alrededores de Cúcuta.

La victoria alcanzada sobre Correa acrecienta la fama de Bolívar y robustece la confianza que en él ha depositado la Nueva Granada. Esta le otorga el grado de brigadier y le concede el título de ciudadano. Ningún momento más favorable y propicio para demandar del congreso y el gobierno granadinos la ayuda que necesita para realizar un sueño y cumplir un juramento: libertar a su patria. Encomienda al coronel José Félix Ribas la misión de solicitarla. El emisario parte a su destino. Pero no le es fácil convencer a Nariño ni a Torres. Uno y otro desean sinceramente prestarla, pero ambos aducen el argumento irrefutable de que la Nueva Granada está en peligro de caer nuevamente en poder de los españoles, ya que las fuerzas realistas de Toribio Montes y Juan Sámano amenazan con invadir por el sur, las de Monteverde pueden atacar en cualquier momento por el norte y aún existe el peligro de que otro ejército enemigo arremeta por el oriente. ¿Cómo distraer, frente a esa situación, soldados, armas y recursos?

Sin embargo, el Congreso de la Unión, presidido por Camilo Torres atiende la petición de Bolívar y le envía los cuadros de los batallones 3º, 5º y 4º, este último al mando de Atanasio Girardot. Y Girardot marcha, animoso y resuelto, ávido de nuevas glorias, a cumplir la cita inexorable con la muerte. Pocos días después de su llegada a Cúcuta, le sobreviene una grave enfermedad que él describe a sus padres en una hermosa carta:

“Villa del Rosario de Cúcuta. Abril 6 de 1813. Mis venerados padres: el Dios de los ejércitos ha querido premiarme con una grave enfermedad que me acometió en esta Villa el 29 del pasado. El principio de ella fue un tabardillo furioso que me revolvió todos los humores y complicó una constipación e irritó al mismo tiempo el pulmón; todo lo cual a los facultativos hizo creer que era una enfermedad grave y en el momento trataron de que recibiese los santos sacramentos, como efectivamente los recibí con

toda solemnidad; al cabo de este glorioso paso manifestó mi semblante un aire despejado, el que sigue aumentando en términos que ya estoy muy repuesto, reconociendo este beneficio, tanto porque el Todopoderoso se ha servido darme vida, cuanto porque en este país me han asistido cumplidamente, por lo que no tengan sus mercedes mayor cuidado, que mediante la Divina Majestad conseguiré la salud y tendré el deseado gusto de verlos e ínter lo consigo, manden cuanto sea de su agrado a su afectísimo y humilde hijo. A mis amadas hermanas, que aunque enfermo no las separo de mi memoria y que reciban mis afectuosas expresiones. El médico que me asiste es el C. Pedro Sabas, paisano de mi padre y lo saluda. Su hijo, Atanasio”.

El documento transcrito tiene un doble interés: el de ser una de las pocas producciones del héroe halladas por los historiadores y el de constituir un trasunto fidelísimo de la personalidad de ese hombre “en el buen sentido de la palabra, bueno”. Así está Girardot de cuerpo entero. El “afectísimo y humilde hijo” que rinde tributo a sus “venerados padres” y homenaje a sus “amadas hermanas” y el cristiano fervoroso para quien las enfermedades y tribulaciones son un premio del “Dios de los Ejércitos”, la vida un presente del “Todopoderoso” y la salud un beneficio de la “Divina Majestad”. Nadie había podido lograr un más perfecto retrato psicológico del noble mozalbete que el pintado por él con sus propias palabras. Sin proponérselo, en una sencilla epístola familiar que habría suscrito gustoso Francisco de Asís, Girardot descubrió su alma para la posteridad.

No se conocen detalles acerca de su primer encuentro con Bolívar. Pero puede presumirse que Girardot sintió la atracción electro-magnética del Genio y que el Libertador, a su vez, se sintió cautivado por la gallarda juventud del héroe. Una poderosa corriente de admiración y simpatía recíprocas unirá a estos dos hombres en los meses siguientes. Girardot rendirá al Genio un culto apasionado y le ofrecerá una insobornable lealtad; Bolívar considerará al héroe como su discípulo amado, lo abrumará con su confianza irrestricta y tributará a su memoria un homenaje apoteósico.

Bolívar saluda entusiásticamente la ayuda granadina. En el peculiar estilo de la época, cargado de metáforas y ditirambos, se dirige a Camilo Torres:

“Oh, qué bello espectáculo se presenta, señor presidente, sobre el teatro del Nuevo Mundo que va a ver una lucha quizás singular en la historia; ver, digo, concurrir espontánea y simultáneamente a todos los pueblos de la Nueva Granada al restablecimiento, libertad e independencia de Venezuela, sin otro estímulo que el de la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastran sus compatriotas y sin más esperanza que el premio que da la virtud a los héroes que combaten por la razón y la justicia.

“Vuestra Excelencia será el primero que penetrado del júbilo más puro aplaudirá sus propias acciones, las de sus conciudadanos y sobre todo los magnánimos esfuerzos y sacrificios de los ínclitos guerreros de la Nueva Granada con quienes voy a tener la dicha de combatir por la redención de Venezuela y gloria de estos Estados”.

Y a la cabeza de seis o siete centenares de hombres mal armados, bisoños los más en los menesteres de la guerra, se dispone a libertar a Venezuela. Delirio de un calenturiento, dicen unos; obsesión de un loco, dicen otros; quimera de un iluso, dicen los más benévolo. ¿Pero, acaso al hombre que descubrió el mundo que él va ahora a libertar no lo calificaron sus contemporáneos de orate y no hubo de implorar, entre befas y sarcasmos, la ayuda de los poderosos de su tiempo para realizar su descabellado designio?

Además, la exigua cantidad de los libertadores está compensada por su egregia calidad humana. Hombres hay entre ellos que valen por cincuenta. Y a todos los impele esa fuerza radio-activa de la fe que hizo invencibles a los primeros cristianos. Al lado de Girardot marchan dos jóvenes oficiales: Luciano D'Elhuyart y Rafael Urdaneta. Los tres harán juntos, emulando en la intrepidez y en el arrojo, la campaña de 1813 y participarán en todas las batallas de esa gesta maravillosa. Unidos por la juventud, por la generosidad, por el ansia de gloria, por el ideal, solo la muerte podrá separarlos. Son los Tres Mosqueteros de la Libertad. Su divisa será la misma de los fabulosos personajes de Dumas: "Todos para uno y uno para todos".

Correa logra rehacer su ejército y consolidar posiciones en "La Grita". Bolívar ordena a Girardot que lo ataque con la vanguardia de las fuerzas patriotas. El 18 de abril, convaleciente aún, Girardot se lanza con sus hombres sobre los puestos avanzados del enemigo. Correa está decidido a resistir hasta el final y el encarnizamiento de la lucha crece a cada instante. Pero el empuje de Girardot es irresistible. Los realistas retroceden ordenadamente al principio; después viene la desbandada general. Los fugitivos, que no paran de correr hasta Mérida, destruyen su propia artillería y dejan en poder de los patriotas un abundante arsenal.

Tres batallas, tres actitudes heroicas, tres victorias: el Bajo Palacé, Ventaquemada, "La Grita". El héroe, con el cincel de la espada, sigue labrando su estatua. Unos golpes más y habrá quedado definitivamente concluída.